

**DC.19-20**

**AUTOR:** CARLES SERRA  
**UNIVERSIDAD:** ETSEIB, UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE CATALUNYA  
**TÍTULO:** LA TORRE DE COLLSEROLA, UNA METAMORFOSTERIZACIÓN  
**SUBTÍTULO:** NORMAN FOSTER EN BARCELONA, 1992

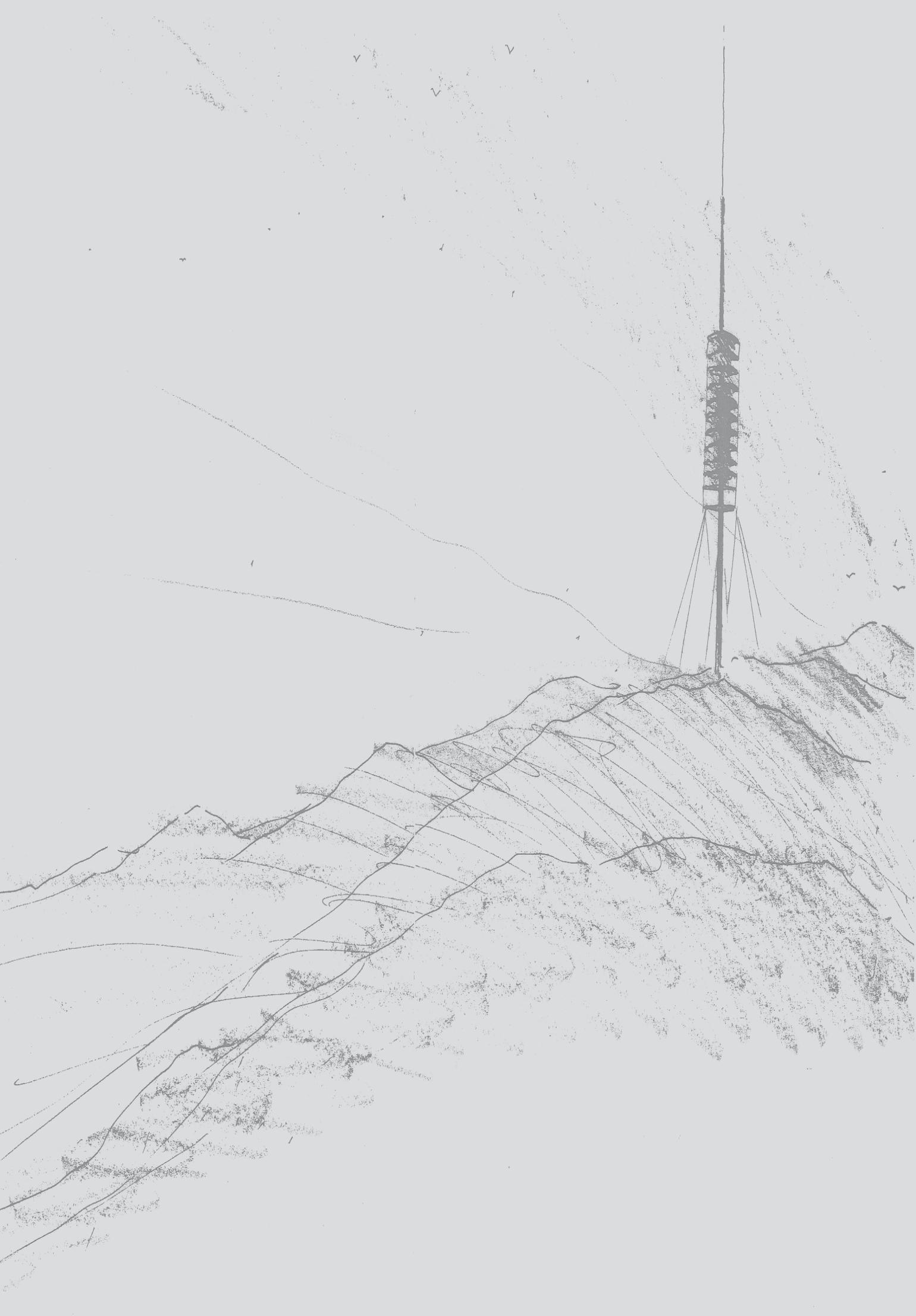
**PALABRAS CLAVE:** COLLSEROLA, PASQUAL MARAGALL, JUEGOS OLÍMPICOS  
1992, TECNOLOGÍA, NORMAN FOSTER, TELECOMUNICACIONES, BIT 92,  
EUGENI D'ORS, SKYLINE, TIBIDABO  
**IMÁGENES:** © DEL AUTOR DEL TEXTO

---

**NÚMERO DE PÁGINAS:** 22  
**NÚMERO DE CARACTERES CON ESPACIOS:** 42.924

**SECCIÓN:**  
**01. MONOGRÁFICO**

**ARTÍCULO:**  
**01/6**



# LA TORRE DE COLLSEROLA. UNA METAMORFOSTERIZACIÓN

Carles Serra

Cuentan las leyendas locales y metropolitanas, que a principios del siglo IV de nuestra era, cuando Diocleciano la emprendió con los cristianos, Severo —obispo de Barcino— huyó de la ciudad hacia el noroeste, por el camino de Égara, atravesando el llano y remontando la montaña por el llamado Coll s'Erola. El topónimo derivaba de una antigua palabra —*erola*— usada para designar un claro en el bosque destinado al cultivo. En su huida, mientras reseguía la llamada Vall de Gausac por la vertiente norte, se topó con un muchacho de nombre Medir —Emeterio o Medín, según la fuente— y miembro, com o él, de la “*ceba*” cristiana, que se encontraba sembrando habas en su *erola* particular. Sediento y cansado, el obispo le pidió al esforzado campesino un poco de agua y algo para comer. No podía entretenerse mucho en aquel lugar, pues los romanos andaban pisándole los talones. Pero al disponerse a proseguir su camino, el obispo quiso recompensar al joven payés con un pequeño milagro. Y así, cuando Medir regresó a su huerto para proseguir con la siembra de sus habas, se encontró con que las que acababa de plantar habían ya germinado, florecido y dado su fruto.

Al poco rato llegaron los romanos. Interrogado acerca del obispo Severo e impedido por su conciencia a decir mentiras, Medir respondió que sí, que le había visto pasar y que incluso le había socorrido. Pero, creyendo con ello dar algo de ventaja al obispo, no pudo callarse que de eso hacía ya un tiempo. Tanto, que las habas de su huerto, ahora floridas y cargadas de frutos, todavía habían sido semillas, que él mismo estaba sembrando. Entonces los legionarios, que no tenían ni pizca de sentido del humor, sintiéndose burlados por aquel jovencuelo, lo apresaron y se lo llevaron de allí. Cuando, unas horas más tarde alcanzaron también al anciano Severo, dieron muerte a ambos en el paraje conocido como el Forat d'en Bocàs, en las inmediaciones del hoy sancugatense Castrum Octavianum. En el lugar donde la tradición popular sitúa el milagro de las habas se alza la ermita de Sant Medir, y a su lado se extiende el llamado “Camp del Miracle”, en el corazón mismo del macizo de Collserola.

Diecisiete siglos más tarde —salvando las distancias— la historia se repetía, más o menos, como sigue. El esforzado muchacho se llamaba ahora Pasqual, y era el “hereu” de una poderosa saga de mucho renombre en el lugar, afincada en las inmediaciones de Plaza Molina (al abuelo Joan incluso lo habían canonizado como poeta nacional). Pasqual cuidaba con esmero de su huerto, al que bautizó con el pomposo nombre de “Corporació Metropolitana de Barcelona”. Las habas que en él sembraba —por aquí unas Rondas, por allí una salida al mar, allá unos túneles y más allá el “Silicon Vallès”— pretendían hacer de Collserola el pulmón metropolitano de aquella inmensa *erola*. Hacía años que Pasqual acariciaba un viejo sueño: organizar en Barcelona unos Juegos Olímpicos de verano. En mayo de 1984 encargó un estudio sobre la planificación de las necesidades informáticas y de telecomunicaciones que aquel evento generaría: el llamado BIT-92 (“Barcelona, Informática y Telecomunicaciones para el 92”). Di-

cho estudio preveía la posibilidad de construir una gran torre de telecomunicaciones en Collserola. Paralelamente, la bonanza económica del momento incrementó la demanda de medios de transmisión audiovisual: tanto Telefónica, como Televisión Española como la CCRTV querían plantar sus repetidores sobre la cresta de la montaña. A Pasqual no le apasionaba en absoluto la idea de erizar aún más el perfil de su huerto, e invirtió dos largos años en convencer a las tres empresas para levantar una única antena que aglutinase todos los puntos de emisión de la sierra. Y, de paso, limpiar el horizonte del bosque de pirulines y cachibaches que desde hacía años lo afeaban. El mayor de ellos era el gran leviatán de TVE que en 1957 mandaron construir en la cima del Tibidabo, junto al Templo Expiatorio del Sagrado Corazón.

En abril de 1986, un amigo de Pasqual —Francesc Raventós, que era director de la empresa municipal Inicatives, SA— confirmaba a los medios que se estaba buscando un emplazamiento para la torre, ya fuera en el Turó de la Vilana o en las cercanías del hotel La Florida. Se había descartado el paraje de la Font Grogga, por tratarse de la única Reserva Natural del Parque Forestal en que quería convertirse al macizo de Collserola. De hecho, como fundamento normativo para aquella iniciativa, la Corporació Metropolitana pergeñó de la noche a la mañana una modificación —la enésima— del PGM de 1976, e incluso un Plan Especial de protección para Collserola. En octubre de aquel mismo año, el obispo de turno —de nombre Joan Antoni y a la sazón epíscopo de Lausanne— le concedió a Pasqual el tan deseado milagro olímpico. El *violet* se puso entonces muy contento y ordenó inmediatamente una batería de campañas para poner guapa a Barcelona, que por entonces lucía un semblante algo adormecido y bastante legañoso. A Jordi, el centurión al mando de aquella rebelde provincia, no le hacía ninguna gracia todo aquello del huerto metropolitano de Pasqual. Decía que las plantas estaban llenas de pulgones, y que encima eran rojos, de la peor clase. Pero ni la clausura de su huerto lograría aguarle la fiesta a Pasqual, y así sus habas, consumado el milagro, germinaron, florecieron y dieron su fruto. Oriol, el veterano mozo de la hacienda, y Josep Anton, el bracero, regaban y cuidaban el vergel con esmero, y le imprimieron un sello tan personal que hoy es incluso motivo de estudio en el extranjero.

Algo más tarde, en 1987, las tres empresas implicadas —junto con la de Raventós y la Corporació Metropolitana— constituyeron la sociedad Torre de Collserola, SA, que plantaría y explotaría la hortaliza más destacada del huerto. A tal efecto, a los pocos días de nacer Cobi —el simpático perrito hemipléjico— el Ayuntamiento convocó un concurso internacional para el diseño de la antena. Para ser más exactos, las bases exigían el diseño de un “*elemento tecnológico monumental*” que “*exaltase la imagen de Barcelona en el contexto de los JJOO de 1992*”, con el menor impacto visual y ambiental posible, y dotado de un mirador público sobre la ciudad. Lo de concurso “internacional” era bastante relativo, porque más bien se trataba de una competición nacional con la participación estelar y excepcional de Foster Associates, el despacho de moda por entonces, que venía de construir el tan renombrado Banco de Hong Kong. Las bases del concurso preveían un coste de 2.000 millones de pesetas y un plazo de ejecución de tan sólo un año y medio, prevista la finalización de las obras para finales de 1991.

Se presentaron cuatro de los seis equipos invitados. Bofill, que estaba resolviendo en estilo dórico la nueva terminal de El Prat, honró a los dioses del olimpismo con una torre montada sobre una basa triangular, con columnas y frisos y demás cornucopias al uso, en lo que parecía un guiño a la propuesta de Loos para el concurso del Chicago Tribune (Ken Shuttleworth, mano derecha de Foster en el proyecto, le recordaría más adelante como aquel “Catalan classicist”). Margarit y Buixadé, que ya andaban enfrascados en la remodelación del estadio de Montjuïc, propusieron un mástil de lo más convencional, al estilo de las grandes antenas de Toronto y München, plantada



02 SANT MEDIR.



03 ERMITA DE SANT MEDIR Y CAMP DEL MIRACLE.



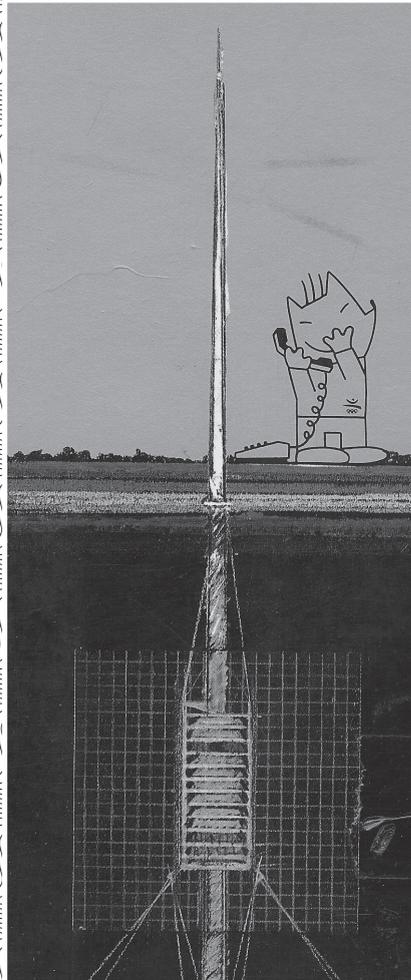
04 EL VAILET PASQUAL



05 L'HORT D'EN PASQUAL.



06 REPETIDOR DE TVE EN EL TIBIDABO.

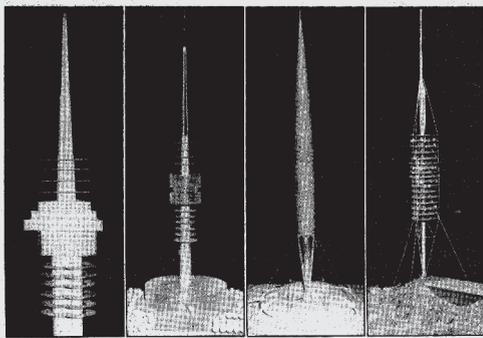


07 TELECOS PARA SIEMPRE.

sobre un monumental podio circular. En maqueta, tanto el anillo superior como la base estaban realizados en metacrilato, pero no se llegaba a vislumbrar si esos elementos acabarían siendo transparentes también a escala real. De no serlo, el impacto visual hubiera sido de órdago. Santiago Calatrava afinaba bastante más el tiro y disparaba un estilizado dardo de geometría ahusada, al más puro estilo Flash Gordon. Su propuesta le recordaba a Foster (que la daba por ganadora) al efímero "Skylon" del *Festival of Britain* de 1951, una estructura atirantada que parecía sostenerse en el aire, que estuvo ubicada a orillas del Támesis durante unos pocos meses (hasta que Churchill mandó desmantelarla, descuartizarla y al parecer, reciclarla en ceniceros, al considerar que la Inglaterra de postguerra no estaba para aquellas chuminadas). La de Calatrava, totalmente lisa y apostaríamos que blanca (algunas fuentes apuntaban que podría ser azulada), era una versión reducida de la monumental antena que pretendía levantar en la Ciutat de les Arts de València, por aquellos mismos años. Uno de sus puntos fuertes era que iba supuestamente revestida de una fibra de vidrio permeable al paso de las ondas que impediría ver el conglomerado de antenas y repetidores que alojaría en su interior.

Finalmente, la única entrada extranjera al concurso, la de Foster en colaboración con los ingenieros de Arup, consistía en un esbeltísimo mástil, también atirantado en el que se ensartaban —cual pincho moruno— una serie de plataformas transparentes que alojarían las antenas y demás equipamiento técnico. La torre, de apariencia muy ligera, se complementaba con un edificio de soporte semi-enterrado en la montaña, y una cúpula geodésica destinada a restaurante y servicios. El 25 de mayo de 1988, tras una prórroga del plazo de entrega para complementar información, el jurado hace público el fallo y declara a Foster ganador del concurso. Ya es el segundo que el británico se lleva en un año, y en España, pues por aquellas fechas se hace también con el del metro de Bilbao. De su torre en Collserola se valora especialmente su mínimo impacto paisajístico en el contacto con el suelo, la flexibilidad que ofrece en cuanto a instalación de equipos de emisión, y la generosidad de los espacios destinados a ello. No obstante, algunas voces auguran ya que una estética tan brutalistamente tecnológica podría diluir el sentido de "*estructura emblemática fácilmente identificable*" que se quería para la ciudad. Uno de los contendientes, mal encajada la derrota, expresaba su temor a que la torre de Foster deviniera "*un racimo de antenas, cables y cacharros como el que se ve desde todo Zürich, pero el doble de alto*".

Pero es justamente esa estética tan radical, a caballo entre la arquitectura y la ingeniería, lo que a Foster más le gusta de sus edificios. "*100% arquitectura, 100% ingeniería*", definió la torre Robin Partington, su director de obras. Sir Norman habla de ella como una "*pura escultura (...) la aguja más mínima sobre el sensible perfil*" de la montaña. En una conferencia en la Tate Gallery, en 1991, se refiere a ella como "*escultura pública*" y, a la vez, como "*compleja pieza de equipamiento tecnológico*". Hoy en día no figura entre las realizaciones más relevantes de la firma (o al menos eso parece a la vista de sus catálogos de obra completa). Pero a mediados de los 90, la torre de Collserola constituía realmente una novedad bastante singular en la producción de Foster Associates. También en lo que se refiere al control directo de la obra, cuya efectiva ejecución quedaría



**Un proyecto necesario para los Juegos Olímpicos**

La construcción de la torre de comunicaciones de Calatrava es necesaria para la celebración de los Juegos Olímpicos de 1992. Según han expresado las responsables au-

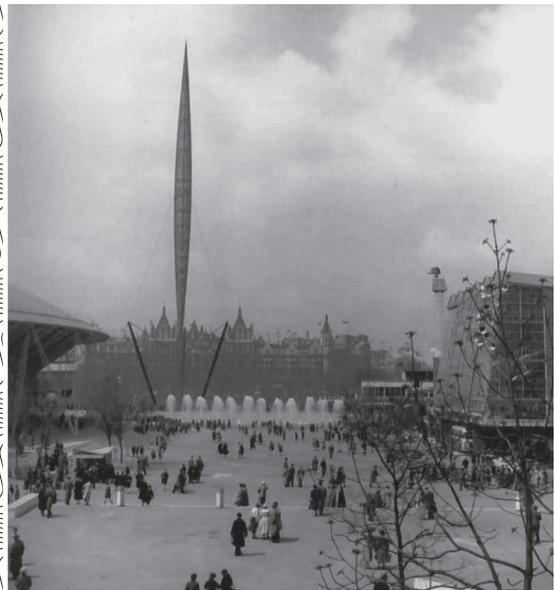
nicipales de Barcelona, además de los imperativos técnicos necesarios para los diferentes retransmisiones, el proyecto del futuro "piral" deberá constituir un modelo original, ya que, al igual que otras ciudades, pronto se convertirá en un elemento singular y característico de la ciudad. El complejo podrá ser visitado por el público en varias

de sus zonas, accediendo desde el aparcamiento del Tibidabo. Los cuatro equipos concursantes presentan proyectos muy diferenciados. De izquierda a derecha, las propuestas de Ricardo Bofill, Juan Marguier/Carlos Buxadri, Santiago Calatrava y Norman Foster. Este seminario se conocerá el fallo del jurado.

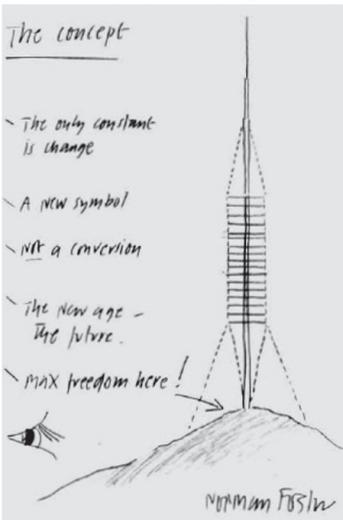
**Cuatro arquitectos de lujo compiten para construir la futura torre de comunicaciones del Tibidabo**

Santiago Calatrava y Norman Foster parten con una ligera ventaja sobre los otros dos concurrentes

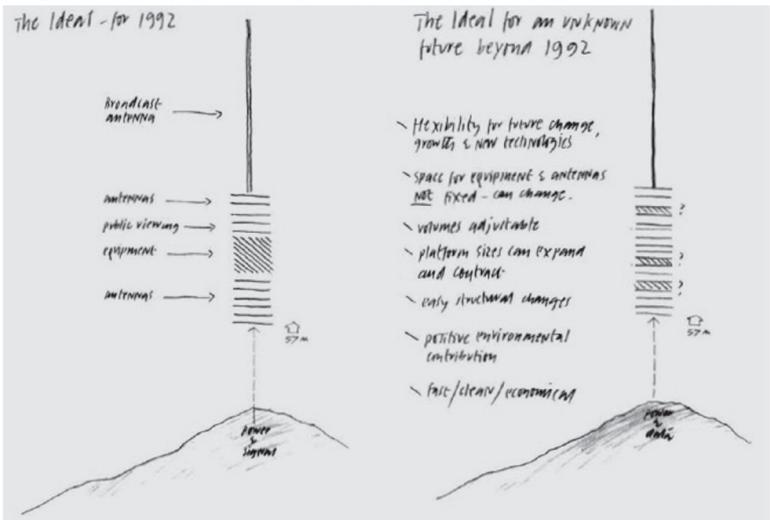
08 PUBLICACIÓN DEL CONCURSO EN LA VANGUARDIA



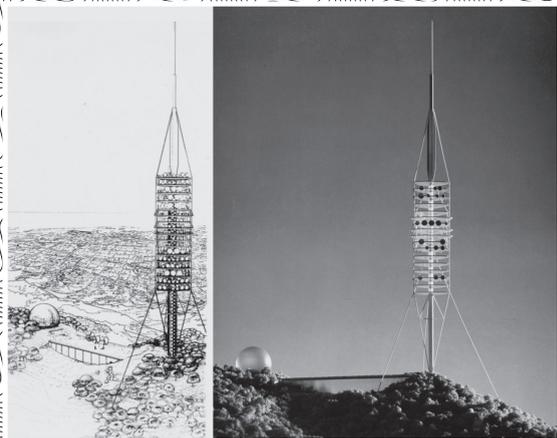
09 SKYLON. FRANK NEWBY



10 THE CONCEPT I



11 THE CONCEPT II

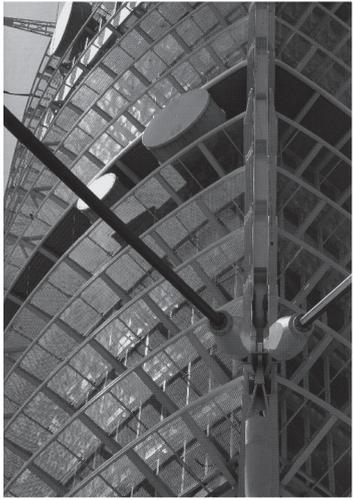


12 CONCEPTUALIZACIÓN

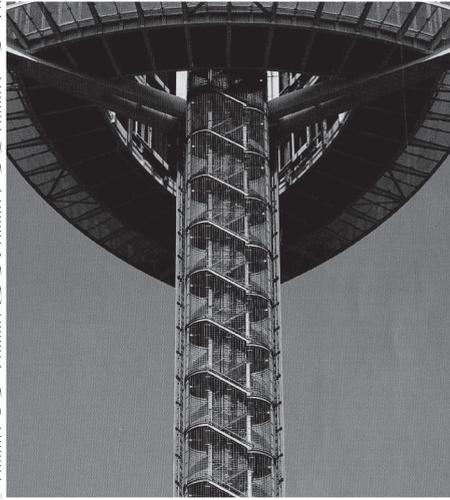
en manos de dos ingenierías españolas. El mismo Foster afirmaba en un artículo de 1994 ("Architecture and Structure") que aquél era el edificio de su producción que mejor mostraba el valor simbólico de la estructura. Como se sabe, Foster reniega de la etiqueta high-tech. *"Es como sugerir, dice, que la tecnología no hubiera existido nunca en el pasado (...) La tecnología es algo que ha existido en todos los tiempos, y las construcciones que han llegado hasta nosotros o que hoy llaman la atención siempre aprovechan hasta el límite las posibilidades de la tecnología, ampliando sus horizontes y haciendo avanzar al máximo el arte de la construcción"*. Pero, por mucho que dijeran, aquello nos seguía pareciendo high-tech. Seguramente, porque nuestra ibérica arquitectura –por aquel tiempo– todavía se basaba en sistemas constructivos sólidos y tradicionales, y en una factura más bien artesanal de los detalles.

En unos croquis esbozados sobre la marcha a la hora del té, en el vestíbulo del hotel y a falta de una hora para la presentación al jurado, Foster repasaba la historia de las antenas de telecomunicaciones. Su propuesta era tan radicalmente distinta a lo que comúnmente se entendía como tal, que no las tenía todas consigo y prefería detallar las razones que le habían conducido a ella. En sus esbozos comparaba la rigidez y el impacto visual de los antecedentes de los 60, 70 y 80, con la geometría de las chimeneas, símbolo de una cultura industrial ya obsoleta. Foster no se conforma con una mera adaptación de la antigua chimenea. Su torre ofrece la máxima flexibilidad para la instalación de emisores y repetidores, en una solución que él considera rápida, limpia y económica. Propone una estructura que ofrezca una imagen de transparencia y liviandad. Y en cuanto al impacto visual, el sistema de atirantado por tensores anclados al suelo permite reducir el diámetro de base del fuste de hormigón de 25 a tan sólo 4,5m. Esto es, un mástil convencional de 260 m. como aquél, hubiera requerido en su base un diámetro cinco veces mayor. La geometría en planta de las plataformas izadas al mástil reproducía la del Commerzbank de Frankfurt: un compromiso entre la forma ideal desde el punto de vista tecnológico y aerodinámico (planta circular) y la forma ideal desde el punto de vista estructural (planta triangular). Foster, sin embargo, poco amigo de considerarse esclavo de soluciones ingenierilmente idóneas, disfrazaría aquella geometría como un diagrama triangular de lados curvos que ilustra la cooperación necesaria entre ingeniero estructurista, el de telecomunicaciones y el arquitecto, para levantar un edificio como aquél.

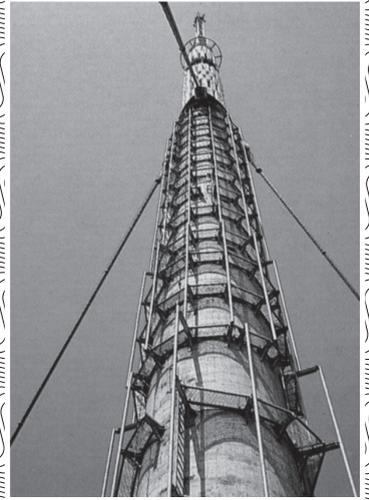
A medida que se van desvelando detalles del proyecto, se oyen la primeras quejas de la opinión pública. La Asociación de Vecinos de Vallvidrera se pregunta si no hubiera sido más lógico –¿legal?– plantar aquel bicho en suelo calificado como equipamientos. No faltan las voces que pongan el grito en el cielo por el coste ambiental de la operación, que suponía un nuevo mordisco al ya maltrecho Collserola. Y ello por no hablar de la alarma generalizada en cuanto a afectaciones de radiaciones y microondas sobre la salud de las personas. Pero los más originales, sin embargo, se preguntan por las servidumbres de navegación aérea, porque con la tontería se estaba elevando la altura de la Sierra, a efectos aeronáuticos, de 500 a 700 metros.



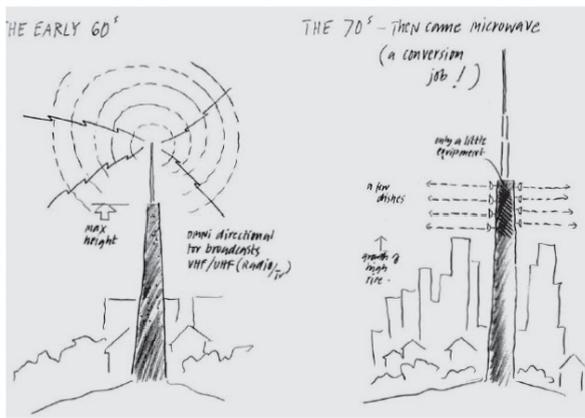
13 HIGH TECH I



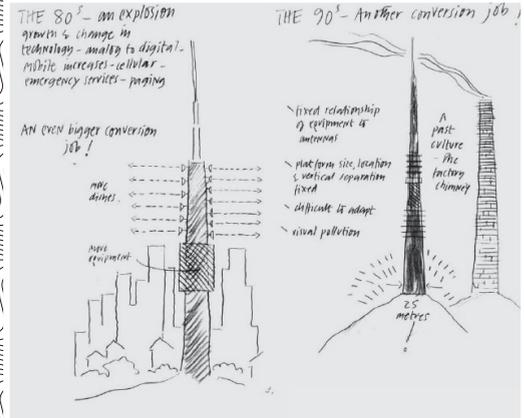
14 HIGH TECH II



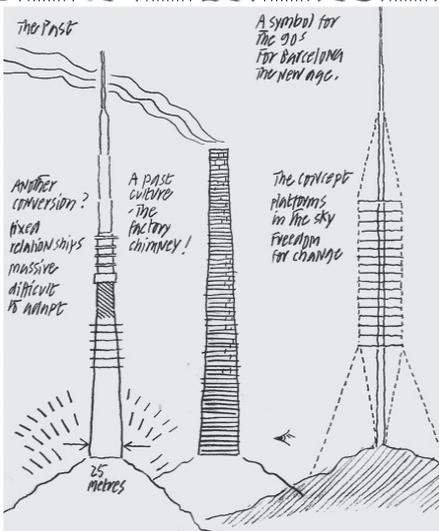
15 HIGH TECH III



16 HISTÒRIA DE L'ANTENA I

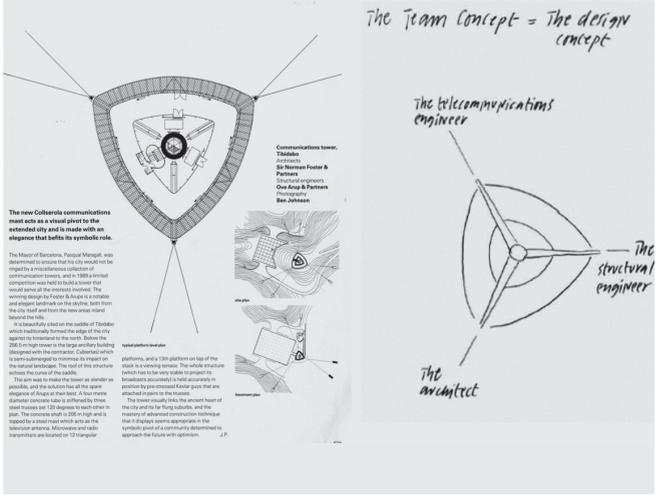


17 HISTÒRIA DE L'ANTENA II



18 HISTÒRIA DE L'ANTENA\_EN RESUM

## CATALONIA CALLING



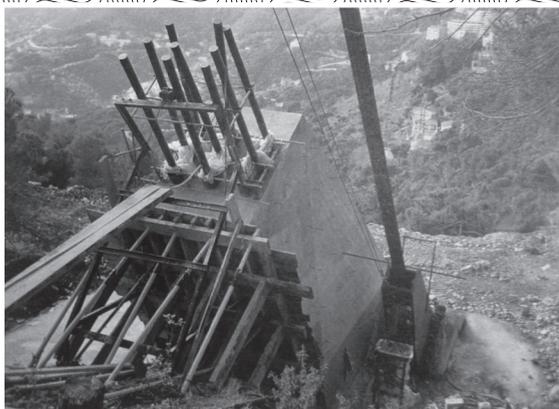
19 CATALONIA CALLING

En febrero de 1990 empieza el movimiento de tierras. Hay que hacer sitio para la torre, su edificio de soporte, un aparcamiento para 50 vehículos y una planta de fabricación de hormigón in situ. Se le feita el cogote al Turó de la Vilana, despejan una enorme *erola* y se cava un hoyo grande como una cantera, de 25 metros de profundidad. Menuda el haba que iban a plantar. En marzo, Pasqual, Sir Norman y el presidente de la promotora se hacen la foto colocando la primera piedra, el mismo día que cubre aguas el primer bloque de la Vila Olímpica y el Joventut gana la copa Korac en Badalona. Victorias en muchos frentes, y el ojo puesto en 1992. La ciudad de los prodigios empieza a tornarse ciudad de los proyectos, y su fisonomía inicia una metamorfosis que será ya irreversible.

En febrero de 1991 conceden a Foster el Mies van der Rohe de Arquitectura por la terminal de Stansted. En España empieza la pegajosa mitomanía ibérica por uno de los primeros arquitectos estrella de nueva hornada que pisa el país. A ese aura de optimista triunfador de humildes orígenes manchesterianos no le son ajenas ni las visitas de obra a bordo de *jets* privados, ni su relación con la muy mediática y sexológica Dra. Ochoa. En abril finaliza la construcción del fuste de hormigón, de más de 200 m. de altura y tan sólo 4,5 de diámetro. Se ha ejecutado mediante una técnica de encofrado deslizante, a razón de 20cms/hora. La obra empieza a generar expectación, sobre todo en el ámbito profesional. De momento sólo se aprecia una fea estaca gris sobre el lomo de la sierra, pero Foster —que va y viene en su avión— se encarga de explicar con pelos y señales cómo será la torre, tanto en el Construmat como en el Colegio de Arquitectos. Lo hace acompañado —es justo decirlo— de los ingenieros locales Julio Martínez Calzón y Ramon Pedrerol, que desarrollan el proyecto ejecutivo según directrices de Arup. Cosas de la vida, de no haber fallecido en 1988, el mítico fundador de la consultora británica —el inglés de origen danés Ove Arup— se hubiera reencontrado con Barcelona medio siglo después de haberlo hecho por primera vez: en 1940 Arup asesoró al ejército inglés en la defensa de Londres contra los bombardeos alemanes. Y lo hizo siguiendo las instrucciones de aquel otro ingeniero olvidado, Ramon Perera, que tantos refugios antiaéreos había construido en Barcelona durante la Guerra Civil.

Ante la complejidad técnica que va tomando la obra empiezan las dudas sobre la delgada línea que separa, en este caso, la arquitectura de la ingeniería. ¿Dónde empieza una y dónde acaba la otra? En una entrevista, el arquitecto e ingeniero Ramon Pedrerol, ya mencionado, lo tiene muy claro: *“el ingeniero es un estudioso que aprende una técnica y su aplicación. Necesita siempre papeles y libros detrás. En cambio, la formación del arquitecto es distinta: se le enseña, casi se le exige, ser original, recurrir a la imaginación para resolver los problemas”*. Caramba. El otro ingeniero, Martínez Calzón, opinaba que hay pocos arquitectos en el mundo que por sí solos puedan resolver la dificultades que presentó la Torre de Collserola. *“Pero para eso están los ingenieros. El arquitecto combina su concepción de la estabilidad con la funcionalidad, la coherencia y la armonía de todo el conjunto. Y el ingeniero, efectivamente, da los apuntes necesarios para resolver la obra. El ingeniero está en un punto perfecto para comprender el Universo: por su formación matemática es capaz de entender la ciencia y al mismo tiempo estar vinculado suficientemente a la actividad humana para comprender el humanismo”*. Sea dicho.

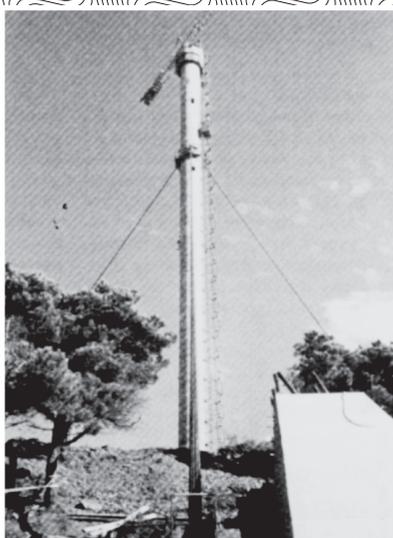
Sea como fuere, arquitectura, ingeniería o ambas cosas a la vez, durante el mes de junio de 1991 empieza la fase más espectacular de la obra: el izado del cuerpo central de la torre hasta la cota de los 65 m. La erección de tan magno pirulín despierta auténticas pasiones en la ciudad y se convierte rápidamente en un baile de cifras, y muy gordas: 288m. de altura total, 10.700 Tm de peso, macizos de anclaje al suelo de 800 m<sup>3</sup> de hormigón cada uno, 9 gatos hidráulicos que elevan las 2.700 Tm de las 13 pla-



20 ANCORATGE



21 WOW



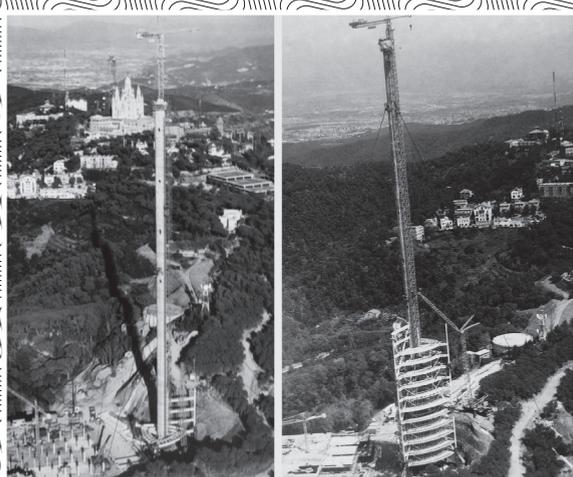
22 EL FUST



23 OVE ARUP, LONDRES 1940



24 PILAR AIXECAT PER SOTA



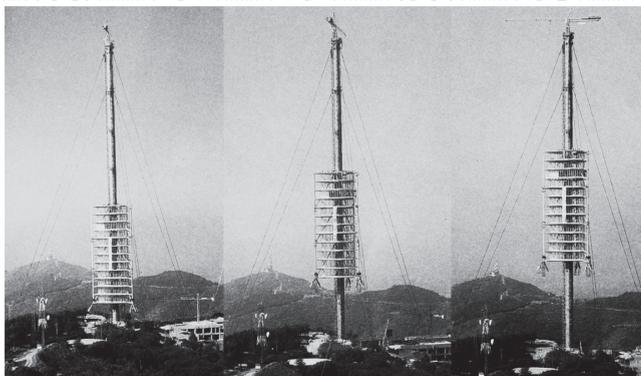
25 MUNTATGE DE LES PLATAFORMES

taformas a razón de 4 m/hora con un tirón cada medio minuto... De hecho, la idea de construir el edificio en el suelo e izarlo después al mástil fue de la parte española, pues Foster pensaba construirlo todo en las alturas. Pero al no existir en el mercado grúas capaces de llevar a cabo esa proeza, tuvieron que ingeniárselas como pudieron. La operación fue lo más parecido a lo que en argot casteller llamamos un *"pilar aixecat per sota"*. A diferencia de un pilar normal —en el que los sucesivos pisos se añaden por arriba, por amontonamiento— en esta construcción los pisos se insertan por debajo, levantando a peso toda la estructura y encajándolos uno a uno en sucesivas *"aixecades"*. Si la torre la hubiera promovido la oposición a Pasqual, se habría concluido la actuación castellera con una bonita sardana xirucaire alrededor del fuste, en lo más alto del Turó de la Vilana.

Una vez anclado el edificio al mástil, se procedería a colocar y pretensar los tirantes definitivos, eliminando los provisionales. El remate de la faena llegaría, sin embargo, con el despliegue y telescopado de los últimos 80 m. de celosía metálica, el vértice superior de la torre, que hasta entonces había permanecido oculto y replegado en el interior del tubo. Aquel verano de 1991, Cubiertas se estaba poniendo las botas —entre los Juegos Olímpicos y la Expo de Sevilla— celebrando sus 75 años. Y los barceloneses, entre la Torre de Foster y la cubierta del Palau Sant Jordi, aprendieron que a veces la casa sí puede empezarse por el tejado, si se es suficientemente hábil como para izarlo después y colocarlo en su posición definitiva.

La prensa de aquel verano, como la cualquier otro verano, andaba falta de contenidos. Así, Antoni Escribà —el pastelero— se preguntaba en *"La Vanguardia"*, en agosto de aquel año, por qué no había habido más debate público sobre la torre, ahora que ya estaba casi acabada y su silueta se recortaba claramente sobre el perfil de Collserola. Si quien calla otorga, seguía diciendo, la torre debía haber caído bien entre el respetable, y felicitaba por ello a Norman Foster. Sería que Escribà no había oído los lamentos de los *llebrencs*, un gentilicio que la humanidad pareció descubrir entonces. Y es que los habitantes de la romana Vallis Vitriaria, los vecinos —pues— de Vallvidrera llevaban meses acongojados por la sublime escala que iba adquiriendo aquel descomunal insecto palo. Uno de sus más ilustres vecinos, Pepe Carvalho, exigía en *"Sabotaje olímpico"* la tala inmediata de la torre de Foster, a cambio de investigar un fraude al COI por el que un 40% de los atletas negros resultaba no serlo —negros. Con Charo exiliada en Andorra y Biscúter en un curso de consomes en París, el detective no está de humor aquel verano. Y pide que le corten los cables a la torre, que *"desde lejos engaña mucho"*, dice. *"Desde cerca es pura ortopedia. Cada cable que la aguanta parece una muleta"*. El pastelero Escribà, ajeno a los males de los *llebrencs*, remataba la jugada declarando abierto el debate para encontrarle un nombre popular a la torre, tan dados que estamos siempre los barceloneses a bautizar el espacio público (?). Él mismo proponía la ñoñería de llamarla *"La Llençadora"*, no la espacial —que también valdría— sino la pieza del telar que tanto contribuyó a la expansión mundial de la industria textil catalana: la lanzadora, pues, de millones de imágenes de Barcelona al mundo. Pese a la ñoñez de su propuesta, no le faltaba razón en cuanto a esto último. Desde los Juegos Olímpicos del simpático Waldi en Munich'72, los ingresos por la venta de derechos televisivos habían aumentado en progresión geométrica, valorándose en Barcelona en más de 600 millones de dólares y una audiencia estimada de 3.500 millones de telespectadores. De modo que, finalmente, Foster habría acabado diseñando la vela de tan apetitoso pastel.

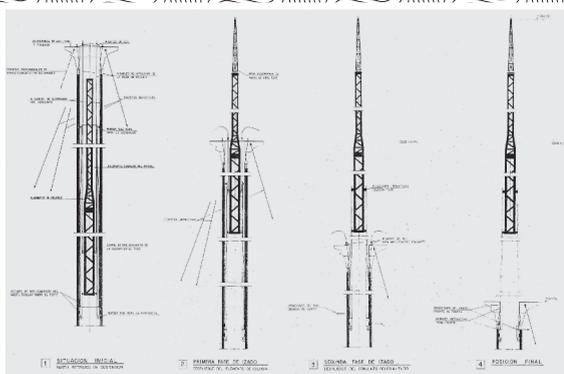
Otros lectores rayaban en el colmo de la originalidad: *"La Fita de Collserola"*, *"Torre Telebidabo"*, *"La Xafardera"* (por estar al tanto de tantas conversaciones, chismes y noticias...). Los menos proclives a caer en este tipo de iniciativas populares se conformaban con *"Torre Foster"* (y ello sin perjuicio de un abogado que quería bautizarla como *"Torre Normana"*, en homenaje al nombre de pila del arquitecto). Eran también los días —todo hay que decirlo— en que todos nos preguntábamos qué hacer con la orca Ulisses, y qué le regalaríamos a Copito de Nieve por su 25º cumpleaños. Pero



26 HISSADA DE LES PLATAFORMES



26 A PEU D'OBRA



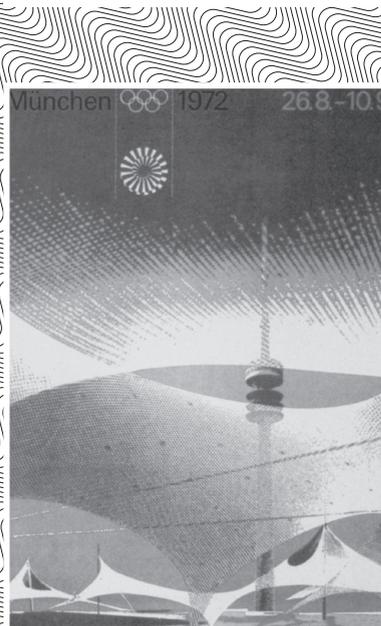
27 TELESCOPAT DEL VÉRTEX



28 EL VEÏNAT



29 LA LLANÇADORA



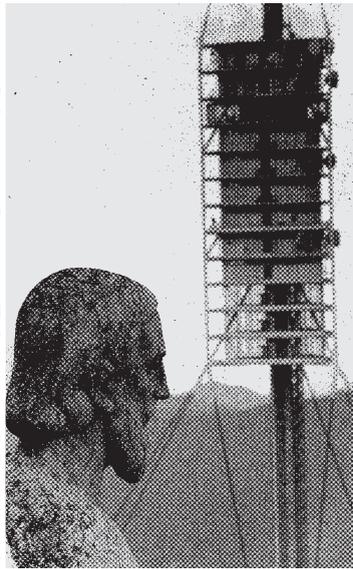
30 MÜNCHEN '72



31 SKYLINE I

aún así, no todo eran flores para Foster. Arcadi Espada, en un artículo titulado “La Torre Jíbara”, cargaba contra aquel enorme engendro tecnológico porque su pretenciosa impasibilidad cerraba el horizonte de la ciudad y empedregaba a sus habitantes. Todo un piropero, sin duda, si se lo compara con lo que Josep Borrell, por entonces Ministro de Obras Públicas, declaró en la inauguración de la torre de consagración de Calatrava en Montjuïc: “una síntesis irreverente de Cabo Cañaveral y Sagrada Familia” (!).

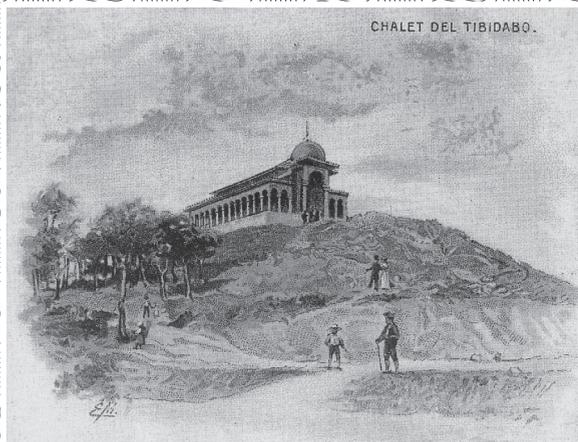
El 27 de junio de 1992, con la llama olímpica ardiendo ya en el pebetero, Pasqual, Norman y demás habituales vuelven a darse cita en el Turó de la Vilana para inaugurar la torre. La prensa y los medios se llenan la boca con el que resulta ser el edificio más alto de España (algunos lo dudan, no por la altura, sino por lo de edificio), y lo muy realzado que queda el “skyline” de la ciudad olímpica. ¡“Skyline”!, un nuevo palabro que como “burka”, “niqab” o “bubuzela”, acaba penetrando por latoso y persistente en el acervo popular. Los barceloneses aprenden a interpretar su ciudad de otra manera, toman conciencia —tal vez por primera vez desde los tiempos de la Sagrada Familia— de esa imagen plana, bidimensional, abstracta que retrata su ciudad y registra la metamorfosis que está padeciendo. Desde Alejandría, Roma o Florencia, los perfiles de las ciudades han venido históricamente definidos por las agujas, cúpulas y torres de arquitecturas áulicas o religiosas. Accidentes visuales que compiten por un puesto bajo el sol, en su obstinado empeño por llegar más y más arriba, y rasgar el cielo, buscarles las cosquillas a Dios, desafiar al Creador y reafirmarse en la minúscula pero persistente y puñetera existencia del hombre en el mundo. Ni Collserola se libra de ese duelo en las alturas. Al parecer, el mirador del Sagrado Corazón del Tibidabo está todavía cuatro metros por encima del de la Torre de Foster. Y encima el ascensor hasta los pies del Cristo sólo cuesta veinte duros, mientras la ascensión al mirador olímpico son 500 pelas. Y es que desde que en 1888 la reina María Cristina inaugurara la carretera de Vallvidrera al Tibidabo, la sierra ha visto poblarse su perfil de multitud de artefactos. Al principio fue una ermita neogótica para el peregrinaje popular. Poco después aterrizaría un pabellón de estilo arabesco para el descanso de la Regenta, y la Compañía de Aguas de Barcelona plantaría un enorme depósito con forma de amanita. Un tal Giovanni Bosco se había hecho con la propiedad de la cima para levantar en ella un Templo Expiatorio del Sagrado Corazón. La obra fue encargada a Enric Sagnier, que puso la primera piedra un 28 de diciembre de 1902. Una inocentada que se alargaría durante sesenta años, financiándose en la postguerra con la compra compulsoria de sellos a 1 peseta por los escolares de todo el país. Y una larga expiación que desembocó, en palabras de Vázquez Montalbán, en un “*Sacré Coeur casi tan horrible como el de Montmartre*”. Ciertamente. El célebre Dr. Andreu, el de las pastillas, fundó la Sociedad Anónima “El Tibidabo”, que inauguró el funicular y emprendió la construcción del parque de atracciones, al estilo del *Prater* en Viena. El ocio popular había preferido históricamente las laderas de Montjuïc, más accesibles y frondosas, y el Tibidabo quedó para las clases pudientes, prefabricándose como el non plus ultra del horizonte barcelonés. El Hotel Panorama en Vallvidrera, el Ideal Pavillon, el Hotel La Florida y la urbanización del Camí de Cal Totxo, hicieron de la montaña un balcón de alta alcurnia y un refugio de veraneo con un par de grados menos que en el llano. Vallvidrera había sido hasta entonces una tranquila aldea de montaña, con la Fonda de Can Trampa como epicentro social y unos cuantos “masos” repartidos por el puerto. Uno de aquellos lugares al que —en palabras de Ignasi de Solà Morales— los *noucentistes* regresaban nostálgicamente, lugares en que la integración del hombre, el paisaje y la arquitectura se producían en un equilibrio casi idílico. Un siglo después que la Atalaya y la noria del parque, finando ya aquel siglo del “Noucents”, Foster había vuelto a perturbar la paz de aquellos aldeanos con otro raro artilugio colgante, desafiante del equilibrio y de todo sentido común. El carácter escultórico de su aguja, decía el inglés, se debía “a una imposición del entorno, porque [su torre] debía dominar la naturaleza, y eso sólo es posible con una estructura delicada, integrada en el paisaje”. Si los *noucentistes* reclamaban una síntesis de la tradición clásica, con la revolución de la eficacia y “l’obra ben feta” exigida por la competencia de los tiempos, entonces Eugeni D’Ors no hubiera



31 DUELO EN LA CUMBRE. LA VANGUARDIA



32 ROMIATGE AL TIBIDABO



33 TIBIDABO 1888



35 WUTHERING HEIGHTS AT TIBIDABO



34 TEMPLE EXPIATORI DEL TIBIDABO



36 LA TALAIA DEL TIBIDABO

dudado ni un momento a la hora de bautizar aquella torre: para él no sería otra que la Ben Plantada. Y si es cierto, según dice Joan Fuster, que d'Ors "*elige frente al caos, el orden; frente a la naturaleza, la cultura; frente a lo rústico, lo urbano; frente a la mística, la razón; frente a lo que era indefinido, lo claro y distinto*", entonces qué duda cabe que tendríamos a D'Ors encaramado cada día al mirador. Su austera silueta de afilado estilete, de excalibur atirantada, de convergente "pal de paller" si se quiere, señorea soberana sobre los desmanes de los buenos salvajes del puerto de montaña. Es la expresión impasible e isotropa de la razón hecha acero, vidrio y hormigón que, posada sobre la cresta, se asoma al llano y acecha, vigilante. Razón que lleva aparejada algo de la irracionalidad que azuzó la construcción de las grandes catedrales, elevadas en nombre y a mayor gloria de un ente superior, infinito, invisible e incommensurable, en quien había que tener fe o a quien se debía de tener miedo. La torre se alzó igualmente en nombre de un ente invisible, intangible y poderoso, las ondas electromagnéticas, la diosa Comunicación, que no vemos pero en quien confiamos. Bien podría haberse levantado como un mero decorado —sin función tecnológica alguna— y la mayoría ni se hubiese enterado. Porque se tiene fe en las telecomunicaciones, fe en la nueva religión de las tecnologías de la información. Fe, en última instancia, también en la tecnología de la construcción, indispensable para acercarse a aquél monstruo sin temor a que se nos desplome encima.

Un artículo publicado en *Quaderns* en abril de 1992 —"*Estranya presència*"— condensa lo mejor que se haya dicho sobre el edificio. La antena sólo llevaba izada seis meses sobre el cielo de la ciudad, pero ya entonces se supo apreciar la "*nueva lectura que aquel artefacto vigilante proporcionaba tanto del entorno natural como de la propia ciudad*". Un "*artefacto fijo y estático, y a la vez de comprensión dinámica, tanto por su posición sobre la cresta de la montaña como por su relación con el tejido que se extiende a sus pies*". El artículo se acompañaba de una serie de instantáneas fugaces, hechas desde las calles de l'Eixample y desde la recién estrenada Ronda de Dalt. En ellas, la torre asoma la nariz desde uno u otro ángulo, como "*manifestación que aparece y desaparece, proporcionando insólitos fenómenos contemplativos, distintos según la distancia y posición del observador*". Sea como máximo hito visual del área metropolitana, como pivote y rótula que articula a la capital con su hinterland, o como antena que pone a la ciudad en sintonía con las grandes ciudades del mundo, la torre señala al excursionista dominiguero lo lejos que queda la urbe de la que ha huido en busca de verde. Y al paciente conductor de la AP-7, lo que le queda para llegar a casa, aparcar a los niños, y ver el partido de fútbol por la tele. El interés de la torre de Foster reside, pues, tanto en su propia definición arquitectónica como en su consideración —en un plano perceptivo— como una operación ligada a una determinada idea de paisaje y territorio.

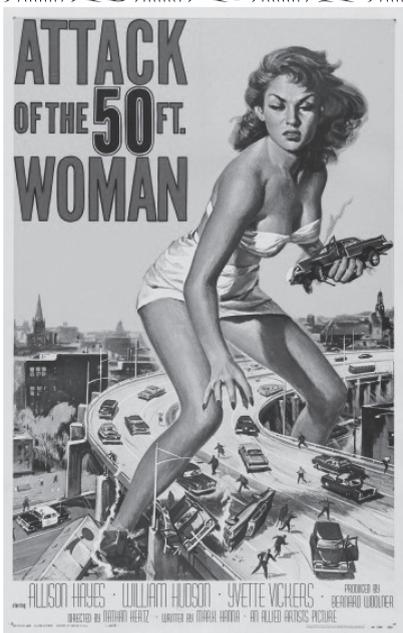
Y pese a todo ello, pese a sus dimensiones colosales y su metropolitana escala, el engendro presenta en todo momento la aparente provisionalidad de una estructura efímera y nómada, tensada para la ocasión y presta a ser desmantelada y vuelta a erigir en otra parte, en otra Icaria. Esta apreciación, ligada a su impasible isotropía y poco sentido del humor (los cálculos de estructura sólo toleran una desviación de un octavo de grado) invitan a pensar que su interés reside básicamente en su solución estructural y en el método constructivo que se empleó para erigirla. Y ya está. Por lo demás, es una silueta emblemática recortada en el cielo, justo lo que se pedía, ni más ni menos. ¡Y que encima, funciona! Nos encontramos, pues, ante un edificio, digamos, sólo "de ida". Y es que algunos de nosotros aún esperamos "la vuelta": aquellos que no pudimos presenciar la espectacular operación de su ensamblaje, nos gustaría verla bajar deshaciendo el camino, no para ser desmantelada, no, sino para volver a ver cómo es izada al mástil, y de nuevo bajada, y de nuevo izada, y otra vez bajada, en colosal y metropolitana masturbación. Y podría incluso instituirse una hora oficial de subida y otra de bajada, como el cañonazo diario del "one o'clock" en el castillo de Edimburgo, o el Cambio de la Guardia en Buckingham. Una subida coincidiendo con la entrada al trabajo, y una bajada al salir de la oficina, como consumación última del intenso placer de irse a casa tras una jornada laboral.



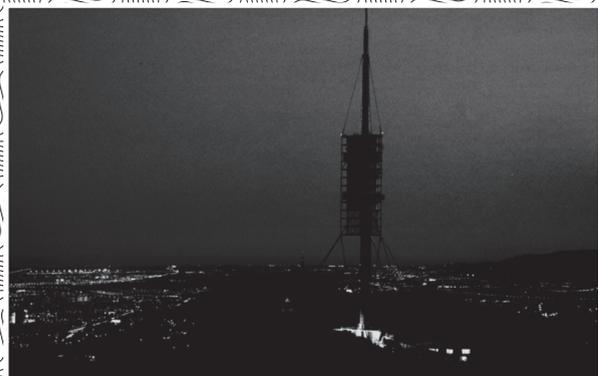
37 VALLVIDRERES I



38 VALLVIDRERES II



39 LA BEN PLANTADA



40 LA BEN PLANTADA II



42 FITA METROPOLITANA



41 ESTRANYA PRESENCIA. QUADERNS

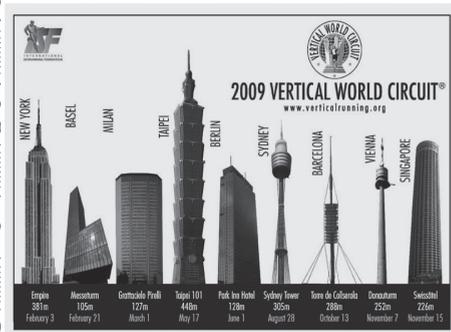
En otra muestra de temible iniciativa cívica, cuando la torre cumplía un año, un diario publicó el ránking de los símbolos mejor valorados de Barcelona. La gran triunfadora, sin lugar a dudas, la Sagrada Família, seguida de la Font de Canaletes y el Camp Nou. A continuación, se encontraba el monumento a Colón -con un 8 pelado-, el bueno de Copito -con un 7,5- y el pebetero olímpico, con un 7,24. En una meritoria 7ª posición -y con un 6,95- aparecía la Torre de Foster. Por lo visto, en Sants-Montjuïc la tenían más vista y, por ende le tenían más cariño, mientras que en Gràcia -donde no se la ve- no sabían ni lo que era y además allí mandaba Canaletes, cómo no...

Interrupciones en las emisiones aparte, Barcelona se ha acabado acostumbrando a tan inquietante presencia sobre el horizonte. El ciudadano de a pie ha aprendido a darle la espalda sin temor y hoy puede decirse aquello tan sobado de que está plenamente integrada en el -otra vez- skyline de la ciudad. No ya como la cursilería -que alguien dijo- de ser "el último árbol de Collserola, y el primero de Barcelona", sino como una seña más, reconocible como pocas, de la ciudad post-industrial que dejó el 92. Durante la campaña de Navidad de aquel año incluso le enredaron lucecitas en las patas, tal vez como respuesta al deseo tanto de Pasqual como de Sir Norman, de verla iluminada. Y hoy en día incluso forma parte del circuito mundial de "Vertical Running", una cita deportivo-masoquista que tiene por objeto subir corriendo -a pie o en bicicleta de trial- las escaleras de estos colosos de las alturas. En 1993, la torre fue galardonada con el FAD al mejor edificio de nueva planta y de uso público. Mientras, la ciudadanía exigía, a cambio, la tala del bosque de antenas y repetidores que aún poblaban la silueta de Collserola. Algo que más o menos se llevó a cabo, si obviamos al pobre Sant Pere Màrtir, que aún acarrea la cruz a sus espaldas. Una Barcelona postolímpica, sin blanca pero autosatisfecha, que ya podía presumir de contar en su patrimonio con una pieza de autor, y además *high-tech*. No es que le faltaran piezas de autor -había de todo, desde edificios hasta "mistos", calcetines y gambas- pero esa actitud a caballo entre el cosmopolitismo y el papanatismo -que decía Llàtzer Moix- nos hacía estar orgullosos de haber sido fosterizados. De ser amigos, Amigos para Siempre, de Sir Norman.

Tanto era así que ya en febrero de 1993, Foster acepta de Ware Travelstead -el promotor de Kentucky responsable de la quiebra del Hotel Arts- el encargo para diseñar el masterplan de la "Sagrera Station". Un río artificial de 6 km. entre Glòries i la Trinitat -de hasta 100 m. de ancho, cruzado por 6 puentes y nutrido desde el Besòs- vertebraría un nuevo barrio de 15.000 viviendas, con la estación del AVE a su orilla, en los terrenos del antiguo Rec Comtal. Como escribiera Joan Barril, "Foster no sólo pasaría a la historia como el torero cósmico que consiguió plantar una genial estocada sobre el lomo de Collserola, sino que también será el zahorí que algún día pensó en encontrar un río en la Sagrera". En cualquier caso, en abril de aquel mismo año, Pasqual andaba de gira por Japón vendiendo la ciudad como puerta de Europa, y visitó la Century Tower de Tokio, el edificio que "su" arquitecto había construido poco antes que "su" torre. Entre los asistentes al acto, muy atentos, estaban los representantes de la multinacional SOGO, por lo que pudiera ser. Y es que, ya de vuelta en Barcelona, el juez intervino la promotora HOVISA (Hotel Vila Olímpica, SA) por un pasivo de 50.000 millones de pesetas. Y como las cosas se ponían feas con Travelstead, Foster se apartó del asunto. Y tal vez fue mejor así, pues instruía la causa Lluís Pascual Estevill.

A lo largo de los años 90, Sir Norman siguió acumulando palmaditas en la espalda en forma de premios: el "Ciutat de Barcelona" por aquí, el d'"Amic de Barcelona" por allá... Una complicidad para con la periferia provinciana española que tiene su correlativo, de rebote, en su tempestuosa y nada fácil relación con la capital. Y es que, a la vista de asuntos como el del Museo del Prado o el de Barajas, bien parece ser cierto que más pudieron las tetas de Barcelona y Bilbao, que las cien carretas de Madrid.

. . .



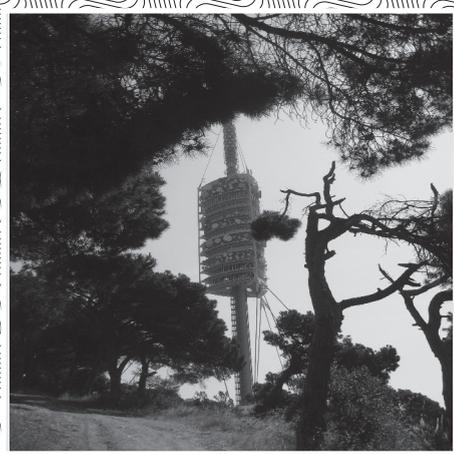
43 VERTICAL RUNNING.



44 BEAUTY AND BEAST



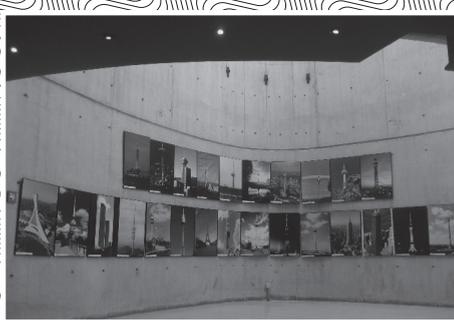
45 LA SAGRERA MASTER PLAN



46 ASCENDINT AL TURÓ DE VILANA



47 BEAST OR BEAUTY



48 VESTÍBUL D'ACCÉS



49 MARKETING D'ALÇADA

Dada la proximidad geográfica del edificio, en su día consideramos indispensable subir a su mirador para emitir un juicio mínimamente razonado sobre el mismo. Fue inaugurado el día de Sant Medir -3 de marzo- de 1993, y entretanto lo habrán ya visitado alrededor de millón y medio de personas. Para acceder al edificio, nada más fácil que subir a Vallvidrera en funicular y ascender a pie durante un cuarto de hora hasta el Turó de la Vilana. Es una ascensión que se realiza bajo la atenta e inquietante mirada de su imponente silueta. La torre aparece y desaparece entre las copas de los pinos, nos va mostrando sus secretos, las piezas de que está hecha. A medida que nos acercamos nos vamos dando cuenta de lo pequeños que somos y de lo grande que puede llegar a hacerse una tuerca. Los cables, ciertamente, no son filamentos; Carvalho tenía razón: parecen muletas. Pero en conjunto, la aproximación resulta un divertido juego de escalas y proporciones. Pero tal vez aquel rencoroso contendiente de 1988 tuviera razón en lo del "racimo de antenas y cacharros". La torre es guapa, atlética y poderosa, qué duda cabe. ¡Cualquiera lo duda en su presencia! (Sería como faltarle a Turandot...). Pero es tan sincera y tan directa que en sus frías mejillas luce un acné que echa para atrás. Un feo sarpullido de parabólicas de todos los diámetros que, vista de cerca, la afea en grado sumo.

Para encontrar la entrada hay que dirigirse al flanco norte, donde un túnel nos da la bienvenida y nos engulle en las entrañas de la tierra. Comprado el billete de entrada, se llega a un vestíbulo iluminado cenitalmente y decorado —es un decir— con fotografías de las torres más altas del mundo. Mientras se aguarda al ascensor a los pies del coloso se siente en la barriga el hormiguo de las atracciones a las que uno sólo se sube para evitar el ridículo ante la parienta o la pandilla. O es por la vecindad del parque del Tibidabo, o es que algo grandioso va a ocurrir. Y ciertamente, va y ocurre. El ascensor se pone lentamente en marcha, tiene por delante 120 metros de fuste por recorrer. La ciudad se va ensanchando, grandiosa, a nuestros pies. Sudan las manos, el hormiguo se acentúa. "¿Ja aguanta, això, Norman?" De pronto se hace la oscuridad, hemos subido lo suficiente como para que el edificio nos engulla, y aún tenemos que llegar hasta la penúltima planta. Las dos primeras no tienen ni ventanas y están vacías, no se ve ni un solo equipo ni antena. Las entrañas de la torre son pasarelas sobre el vacío, igualitas a las de la "Estrella de la Muerte". Cuando el ascensor se para y se abren las puertas, se hace la luz de nuevo. El panorama es realmente magnífico, aunque la limpieza del vidrio deja bastante que desear. Magnífico no por la vista sobre Barcelona —que el Tibidabo ya la ofrece, y sin envasar— sino porque el pirulín metropolitano hace verdaderamente honor a su nombre y permite ver hasta 70 km. a la redonda. Cada módulo del ventanaje luce un cartelito que indica el nombre de una ciudad y su distancia en línea recta. Así, aprendemos que entre Brasilia (a 8.156 km) y Lima (a 9.991), podríamos llegar a Reus tras recorrer 93 modestos kms. Pululamos por el mirador sabiéndonos a 200 metros sobre el suelo, lidiando con el vértigo y saboreando la vista. A la altura de Montreal y de Huesca —que caen más o menos igual— los limpiaventanas nos dan un susto de muerte. Ahí colgados, balanceándose a merced del viento, nos aclaran el horizonte y despejan cualquier duda: la ciudad de los prodigios, realmente, los consumó todos.

. . .



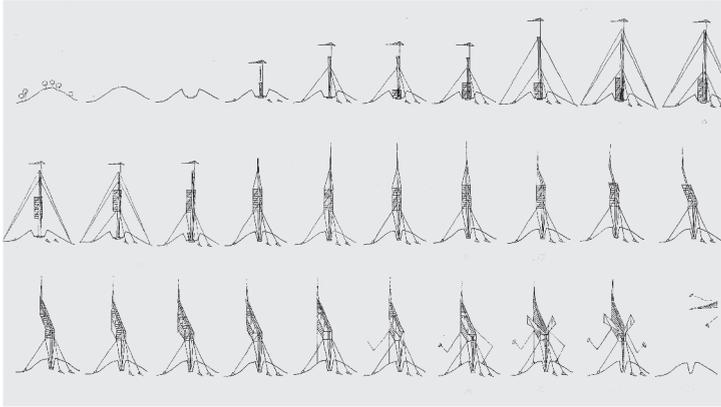
50 A 560 METRES SOBRE EL NIVELL DEL MAR



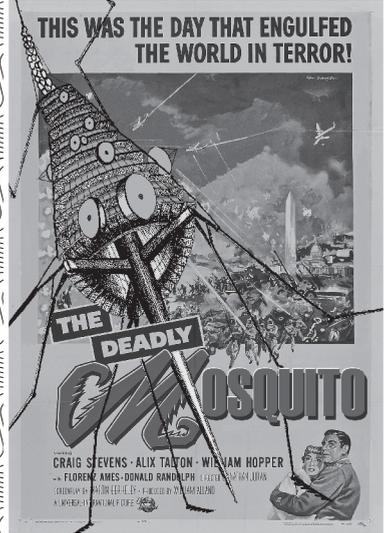
51 HANGING AROUND



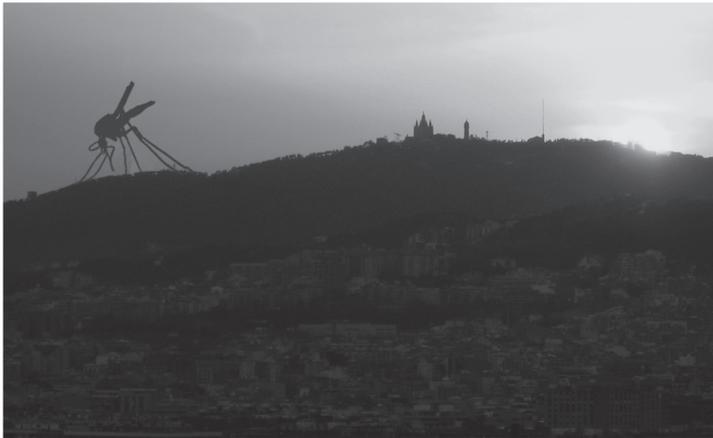
52 HAEC OMNIA TIBI DABO



53 METAMORFOSTERITZACIÓ



54 THE DEADLY MOSQUITO



55 SKYLINE II



56 ARQUITECTURA O ÀNEC

Desde allí, desde "su" torre, y a 560 m. sobre el nivel del mar, Pasqual convocó a los medios para una rueda de prensa, un 26 de junio de 1998. Lo hizo para anunciar oficialmente su regreso a la palestra, y de paso, su candidatura a la Generalitat. Sin embargo, lo que no explicó, es que diez años antes, cuando él todavía era aquel afanoso agricultor que sembraba las habas, se había llevado a Norman al huerto, el de las habas, "su" huerto. Y que una vez allí, y cambiadas las tornas, éste le sometió a las llamadas "Siete Tentaciones de la Ciudad Global". Parece ser que dijo así: - "Pasqual, my dear friend, ¿quieres que Barcelona luzca un perfil moderno e identificable?" "Sí", fue su respuesta. - "¿Quieres ver tu poder dignificado, tu prestigio ampliado, tus faltas olvidadas?" "Sí, quiero". - "Pasqual, ¿quieres parecer creíble a los ojos y oídos del administrado?" "¡Sí, por supuesto!", respondió él. - "¿Quieres que la ciudad parezca sintonizar y estar al día con el no va más internacional, y que la prensa extranjera te describa como un "carismatico sindaco socialista" o como un "new-style European civic leader"?" "Oh, sí, sí!", respondió entusiasmado. - "Pasqual, ¿quieres atraer inversión y turismo a la ciudad?" "Cómo no...". En este punto, Foster sonrió: - "¿Quieres que algún día te reforme el Camp Nou?" "Hombre, si te ofreces..." Y seguidamente: - "¿Quieres que Joan Clos sea alcalde?" "No, no, eso no!!!" - "Bueno -aquí Foster titubeó algo- entonces... ¿quieres gobernar algún día al otro lado de la Plaza Sant Jaume?" Pasqual no creía lo que oía: "Oh, sí, sí, sí quiero...!!!" Y entonces, con voz grave y ceremoniosa, el diablillo de Foster pronunció las ya célebres palabras: "HAEC OMNIA TIBI DABO SI CADENS ADORAVERIS ME". Y Pasqual se arrodilló.

Asustado por aquella evangélica revelación regresé al ascensor, bajé a toda pastilla y salí por piernas de aquel lugar. Miré hacia arriba y lo entendí todo. Con su zancuda criatura, colosal mosquito con aires de carnívora mantis, Foster nos había inoculado la fiebre de la arquitectura internacional de firma. Y en los ojos de aquel ser vi que aún estaban por llegar el pestilente queso azul de unos suizos irreverentes, y un enorme pepino francés que haría las delicias y las glorias de la crítica más frívola y mordaz. Y a todo ello alguien podrá preguntarse: Bien, pero... ¿en qué quedamos: Arquitectura o pato? Pues a ello responderíamos que si Venturi entiende por "pato" un edificio en el que espacio, estructura y programa quedan ahogados o distorsionados por una forma simbólica global, entonces el pato, aquel verano de 1992, y en Barcelona, no se posó en Collserola, no. Sobrevolando la montaña y saltándose la fase de patito feo -y algún que otro trámite urbanístico- el verdadero pato aterrizó un poco más allá, en el anillo olímpico de Montjuïc, dándoles por el mismo a quienes tan cuidadosamente lo habían planificado. Y, dicho sea de paso, violando a Barcelona, como Zeus hiciera con la pobre Leda.